

En los campos de exterminio de Auschwitz y Sachsenhausen, Thomas Buergethal vio atrocidades tan espantosas que las llegó a borrar de sus pesadillas. Tenía apenas 10 años. Hoy, a la edad de 64 años, ha volcado todo su dolor –y su compasión– en una campaña contra el genocidio en El Salvador, Ruanda, Bosnia y dondequiera que aparezca. Es ésta la historia de la trayectoria de un hombre desde las cámaras de gas de Polonia hasta los pasillos del poder.

Como muchos otros de su edad, Thomas Buergethal tiene una fotografía en sepia sobre la cómoda. Esta muestra a su padre, Mundeck, en traje formal con corbatín, los ojos entrecerrados y algo turbado por las risas captadas en ese instante. La madre de Thomas, Gerda, es de rasgos fuertes pero bellos y exhibe una sonrisa quieta y a la vez luminosa –muy parecida a la de su hijo hoy. Buergethal, que viste el tradicional *lederhosen* alemán, luce incómodo y juguetón. Es el año 1938 y la familia se encuentra en el jardín del hotel de propiedad del señor Buergethal en Lubochna, hoy parte de Slovakia. La familia se había trasladado allí al llegar Hitler al poder, bajo la impresión de que sería un lugar más seguro que su propia patria, Alemania.

En los bajos, Buergenthal conserva en su oficina otra fotografía, tomada un año más tarde. Son los mismos tres personajes: el señor Buergenthal ha perdido algo de su sonrisa, pero la de su mujer es aún más radiante, como si no tuviera preocupación alguna. El pequeño Thomas viste un gorro tejido y tiene un aire de tenaz resolución, como si lo estuvieran llevando a un paseo que tiene toda la intención de disfrutar. Nada indica lo que ha sucedido entretanto: la familia está ahora en fuga, habiendo perdido el hotel ante el avance de las hordas nazis en Checoslovaquia. “Éramos fugitivos en ese momento”, dice Buergenthal a la vez que sostiene el marco como un ícono en sus fuertes manos, “y no teníamos la menor idea de lo que nos esperaba”.

Lo que vivió Buergenthal desde que fue tomada esa foto de su carita traviesa lo ha convertido en testigo de las peores atrocidades cometidas durante las últimas décadas de este milenio, a diferencia de casi todos los demás seres hoy con vida. Antes de los doce años, Buergenthal habría de presenciar escenas como la siguiente: “De repente la locomotora emitió un largo y agudo silbido. Como fieras descubiertas en sus escondites, los hombres que hace un segundo no podían moverse, se pusieron de pie de un salto, lanzando sus cuerpos contra las paredes del vagón de tren. Golpeando la cabeza contra las barras de hierro, sus débiles puños atacaban las planchas de madera mientras gritaban, lloraban e incluso lanzaban una horripilante risa metálica. Nos pisotearon... Todos ellos pasaban de un extremo al otro del vagón, como si marcharan en un ataque frontal contra algún enemigo diabólico. Estaban cubiertos de sangre; estos hombres habían perdido la razón. De pronto los milicianos nazis abrieron fuego contra los marchantes locos. Cayeron uno tras otro, casi como si estuvieran en formación. Para ellos la guerra había acabado. La calma encubridora de la noche volvió a posarse sobre el tren. Yo ya dormía”.

Era la cuarta noche de la infame Marcha de la Muerte desde Auschwitz hacia la nada.

Fue en esos tres años que Buergenthal aprendió de qué se trataba la humanidad. Esos años le enseñaron algo más allá del odio y del cinismo –algo que desafía aquellos sentimientos. Más de medio siglo después de la Marcha de la Muerte, se encuentra en el auditorio del Museo del Holocausto –hoy es el Presidente de su Comisión sobre Conciencia– y se dirige a los asistentes a una conferencia sobre el genocidio en nuestros tiempos con las siguientes palabras: “Los muros de este museo reverberan con las voces de los millones de hombres, mujeres y niños que perecieron en el Holocausto. No se limitan a contarnos sus propias experiencias, ni a reprocharnos por no habernos esforzado por salvarlos. Claman a todos nosotros para que –en su nombre, en nombre de generaciones futuras, en nombre de la humanidad– luchemos por erradicar el genocidio y, sobre todo, para que no permanezcamos indiferentes a la suerte de quienes hoy o mañana, puedan convertirse en víctimas del genocidio”.

Buergenthal llegó a conocer el ghetto de Kielce en Polonia, la mayoría de cuyos habitantes fueron masacrados en Treblinka. Conoció y sobrevivió los campos de trabajos forzados y luego el campo de exterminio de Auschwitz-Birkenau. Fue uno de tres niños que sobrevivieron la marcha desde Auschwitz, de donde partieron 200 niños. Sobrevivió también otro campo de concentración, en Sachsenhausen. Y todo esto fue tan sólo el prólogo a la milagrosa reunión que había de tener con su madre años después de finalizar la guerra.

Es así que Buergenthal aprendió lo que hoy sabe. Luego se dedicó a enseñar estas lecciones a los demás. Fue miembro de la Comisión para la Verdad en El Salvador de las Naciones Unidas, que examinó la “Guerra Sucia” que vivió ese país; trabajó para establecer el Museo del Holocausto en Washington; aboga por la intervención en Bosnia y Ruanda; y actualmente se prepara a trabajar con el tribunal que investiga las cuentas “inactivas” de los bancos suizos, donde los

nazis invirtieron las fortunas que habían confiscado a sus víctimas. La historia de la vida y supervivencia de Thomas Buergenthal no es simplemente la de un niño que venció a Auschwitz, sino la de nuestros tiempos. Es la historia de todos los némesis del mal, y de Auschwitz, y de su callada ira ante lo poco que ha aprendido el mundo.

“¿Cómo explicar a nuestros hijos,” rugió ese día en el Museo del Holocausto, en una de las contadas ocasiones en que levanta su quieta voz, “que en el mundo en que vivimos, resulta fácil montar una operación acelerada de cuarenta mil millones de dólares para rescatar la economía de algún lejano país porque su caída podría afectar nuestras transacciones bursátiles, mientras que vacilamos cuando se trata de montar una operación militar para salvar a un pueblo de su destrucción a manos de un régimen asesino?”

Buergenthal admitió luego que había ensayado ese discurso ante su mujer, para poder pronunciarlo sin deshacerse en lágrimas. Sobre todo esta parte: “La letra de una canción yídish que escuché como niño en el ghetto de Kielce se me viene a la mente: ‘*Se quema, nuestra ciudad se quema, y tú te paras allí con los brazos cruzados y no haces nada.*’ Esta canción es un estribillo que bien podría aplicarse a Bosnia y Ruanda y a otros lugares que ya no logramos recordar...”.

Meses después de ese discurso, dice así: “Cuando recuerdo esas palabras, veo todavía a la gente del ghetto cantándola. Y también en Auschwitz, después. En Auschwitz sólo hablábamos de comida y de cómo sobrevivir. No había nada más”.

Lo que más llama la atención sobre Buergenthal es su fe en la naturaleza humana. “En qué otra cosa se puede creer?” pregunta, con una sonrisa impía. Los espectros que llevaron a Primo Levi a un probable suicidio (el sobreviviente italiano del holocausto judío “rodó” por las escaleras de la casa en que nació) han trazado un rumbo

diferente en la vida de Buergenthal. Lo han convertido en un hombre incapaz del odio, un hombre que se rehusa a abandonar la esperanza. A pesar de su afición por la travesura y el buen vino, es un hombre disciplinado. Es modesto, cortés y quedamente divertido. Goza de un chiste irreverente. Se interesa más por los demás que en sí mismo. Adora a su esposa Peggy y coquetea con ella en vísperas de cumplir 65 años en mayo. Le encantan los niños; en este almuerzo, se asegura que el niño que le acompaña reciba la hamburguesa que ha pedido. Con seis nietos, Buergenthal irradia su aprobación absoluta.

En un momento como ese, es difícil imaginarse que este hombre ha conocido el mal más a fondo que casi cualquier otra persona viviente. Ha clavado la vista en los ojos del mal desde muy cerca – día tras día, noche tras noche, mes tras mes, año tras año. Vivió su infancia, y gran parte de su vida adulta, en compañía del mal; conoce su esencia, su rostro y –citando a Hannah Arendt– su “banalidad”. “Viví en un mundo en el cual matar era lo normal,” dice, “donde la valentía y la bondad eran las excepciones que se quedan grabadas en la mente”.

En el recuerdo de Buergenthal, el mal es algo que se escucha, mas no se ve. “Todas las noches, se veía salir el humo de la chimenea del crematorio número cuatro. El cielo nocturno se teñía de rojo. El hedor era terrible. Pero por encima de todo, se escuchaban los gritos de las personas que había sido echadas dentro de las cámaras de gas”.

En el Museo del Holocausto se exhibe la fotografía de un hombre en el último segundo de su vida. Con un gorro en la cabeza, su mirada clavada en el lente –y en el observador– está plasmada de una infinita sabiduría, de desafío y de repugnancia. Un joven vestido del uniforme de la Gestapo, de cara débil y flácida, apoya la pistola contra su cabeza y se apresta a disparar. El desprecio plasmado en la

mirada de su víctima es indescriptible. Es el mismo desprecio que exhibe Buerghenthal. “Nos opusimos al mal no con armas, sino con hechos de valentía y con dignidad moral”.

Las causas del probable suicidio de Primo Levi se encuentran en su libro *Los Hundidos y los Salvados*, donde el autor se obsesiona con la compleja vergüenza del sobreviviente. Escribió lo siguiente: “La historia (de los campos) ha sido escrita casi exclusivamente por quienes, como yo, nunca llegamos a desentrañar el fondo. Los que sí lo hicieron no volvieron más”. A diferencia de Levi, Buerghenthal jamás ha considerado que la supervivencia conlleve culpabilidad; más bien, la ve como una victoria. “Cada día que seguía con vida era prueba de que los había vencido,” dice. Según él, morir es no llegar a desentrañar el fondo. “Nunca le temí a la muerte. Sin embargo, consideraba que aceptar la muerte sería conceder la victoria al mal. Es así que, en los campos, llegué incluso a desafiar a mis propias pesadillas. En una de ellas, estaba a punto de ser ejecutado. Era algo aterrador. Pero yo me convencía, incluso en sueños, que esa pistola no podía disparar una bala. En los últimos 50 años, no he vuelto a tener una sola pesadilla”.

La descripción que da Buerghenthal de su existencia en Auschwitz parece sacada de una novela de Dickens —podría tratarse quizás del *Perillán* (el famoso *Artful Dodger*), o del mismo *Oliver Twist*. “El deseo de vivir se convirtió en deporte”, comenta al hablar de sí mismo y de dos muchachos, Michael y Janek, con quien emprendió la Marcha de la Muerte. “Era nuestra manera de luchar contra Hitler y todo lo que éste representaba. Nunca se nos ocurrió que esta actitud tuviera algo de raro, pues habíamos visto que los soldados nazis que fusilaban a nuestro amigos y parientes, consideraban que matar era un deporte. Era lógico pensar que al seguir viviendo los estábamos privando de un agradable pasatiempo. Para mí todo esto se convirtió en una batalla personal— íbamos a salir adelante”.

RETRATO DE THOMAS BUERGENTHAL:
PADRE DEL INSTITUTO INTERAMERICANO DE DERECHOS HUMANOS

Cuando Buergenthal sirve el vino, se ve el tatuaje que lleva en el antebrazo: el número 2930. Este es, para él, un símbolo de supervivencia más bien que de persecución. “Siempre he pensado que es motivo de orgullo. Nunca se me ocurrió borrarlo. Por supuesto que no”. Según él, logró sobrevivir gracias a lo que su padre le había enseñado. “Que sobrevivir es vencer al mal. Que sobrevivir es ganar la guerra. Mi padre siempre decía: ‘Los vamos a vencer. No sólo los enterraremos, sino que vamos a sobrevivir.’”

El padre de Buergenthal había sido banquero en Berlín antes de escapar a Slovakia, convencido que Hitler “sólo duraría cuatro años”. Él había sido activista político y su hotel se transformó en el punto de reunión de escritores y periodistas alemanes disidentes. Mundek se ganó la antipatía de las autoridades —entre ellas las alemanas— cuando se rehusó a servir de anfitrión de una reunión de embajadores en Praga. Cuando subió al poder un gobierno títere fascista en Slovakia, Mundek decidió que había llegado la hora de emprender viaje de nuevo.

Mundek contaba con una visa de asilo político que le había concedido Inglaterra, pero tendría que volver a su Polonia natal para recogerla. Ya a mediados de 1939 se habían iniciado los “transportes” desde Polonia y, después de seis meses en fuga, a los Buergenthal los detuvieron en una de las redadas de judíos. Fueron llevados a lo que más tarde se convertiría en el ghetto de Kielce. Al principio, la vida allí era “relativamente agradable”, hasta que se instaló el alambre de púas y empezaron las “selecciones”. Durante dos días del año 1942, la mayoría de los 20,000 habitantes del ghetto de Kielce fueron recogidos y enviados al campo de exterminio de Treblinka. Los que permanecieron en sus casas serían fusilados. Buergenthal recuerda cómo su padre —que en aquel entonces administraba una fábrica del ghetto— se afeitaba con calma mientras decía “Tengo que pensar”. Terminó de afeitarse y marchó con todo el personal de la fábrica desde el ghetto hasta la planta. El comandante del ghetto aceptó que se

quedara y que la siguiera administrando. También perdonó la vida de su familia.

Quedaban 2,000 personas en el ghetto. Más tarde, después de una segunda “selección” final destinada a Treblinka, eran apenas 250. Los prisioneros fueron llevados a una pradera y rodeados de miembros de la Gestapo. Mundek exigió volver a ver al comandante. El joven Thomas se dirigió a él en perfecto alemán: “Yo puedo trabajar”. El comandante se detuvo. “Veremos,” dijo. Nuevamente, se habían salvado los Buergenthal. Fue en esa pradera que Buergenthal conoció a sus amigos Janek y Michael, quienes volverían a aparecer más adelante cuando la odisea de Buergenthal cobraba visos de pesadilla.

Buergenthal se ofreció para trabajar de mandadero del gerente alemán. Escuchaba atentamente la radio del gerente para luego transmitir las noticias a sus compañeros prisioneros. Cuando les informó que Mussolini había sido capturado, sus compañeros insistían que se estaba dejando llevar por su imaginación.

Luego se produjo la ocupación del campo por parte de la SS de la Gestapo. “Andaban en busca de los niños más pequeños”, comentaría más tarde la madre de Buergenthal a un amigo noruego, “aquellos que no servían para trabajar. Había 45 en las barracas y cada vez que veían a un niño, lo mataban y lo echaban de lado. Recuerdo a una niña de seis años que preguntó “¿Por qué me tienen que matar a mí?”

Poco después se organizó el segundo “transporte” abordó de un vagón de ferrocarril del tipo usado para transportar ganado. Esta vez el destino era Alemania, según se les informó. “Mi padre conocía muy bien esa parte de Polonia: el tren se dirigía hacia Alemania, pero de repente se desvió. Sabíamos que íbamos para Auschwitz”.

RETRATO DE THOMAS BUERGENTHAL:
PADRE DEL INSTITUTO INTERAMERICANO DE DERECHOS HUMANOS

Buergenthal no vive en el recuerdo; no lo puede hacer. Y cuando vuelven esos recuerdos, lo hacen “de una manera descriptiva, mas no gráfica. Si volvieran en forma gráfica, me volvería loco”. No puede ver películas del archivo. Tuvo que salirse de la sala donde se exhibía la película *La Vida es Bella*. No le habían advertido de qué se trataba. No ha visto *La Lista de Schindler*. Lo sorprendente es que ni siquiera ha recorrido su propio museo. “Sólo una vez – y fue por no ofender al Presidente de Honduras, que había servido conmigo en la Corte Interamericana de Derechos Humanos. Probablemente fue la mejor forma de hacerlo, ya que fue todo muy rápido y tuve que hablar todo el tiempo. Aparte de esa visita, no he regresado. Sería demasiado”.

Buergenthal ha organizado sus recuerdos, los ha disciplinado de una manera extraordinaria. “Es como si se tratara de un tercero, de otra persona, no de mí mismo”. La mayoría de sus recuerdos son de resistencia y de desafío, no de sentirse víctima. Es casi una forma de Zen: no recuerda, por ejemplo, si en el ghetto de Kielce llevaba una estrella amarilla; sólo recuerda que su padre se rehusó a ponerse sombrero, para no tener que quitárselo ante los alemanas, como era la regla. Recuerda a los judíos griegos que estaban a cargo de la letrina de Auschwitz, lugar donde se podía uno calentar un poco – uno de ellos tocaba la mandolina. Recuerda poco acerca de la Marcha de la Muerte, a menos que se concentre; sin embargo, recuerda con gran claridad a los checos que echaban pan dentro del tren al pasar por los túneles y al conductor que le convidó una taza de café cuando se encontraba medio congelado.

La memoria de repente lo ataca, cuando algo del presente abre las compuertas del pasado. “Lo que me trae a la memoria el pasado es la imagen de un niño cuya madre fue muerta en Sarajevo; los niños de Bosnia o Chechnya, con esa mirada de horror en los ojos; los chiquitos famélicos del Africa; los esqueletos que son todo lo que queda de la masacre de El Mozote y que descubrimos en El Salvador”.

En julio de 1992, el Profesor Buergenthal –en ese entonces una de las principales autoridades del mundo en el derecho de los derechos humanos– fue nombrado a la Comisión de la Verdad para El Salvador de las Naciones Unidas, cuyo mandato fue investigar la masacre de El Mozote, la destrucción de pueblos enteros, la violación y muerte de unas religiosas norteamericanas, los asesinatos a sangre fría de los padres jesuitas, el asesinato del Arzobispo Romero y otros crímenes cometidos en ese país. Había que identificar a los culpables y de examinar la complicidad de la CIA y del gobierno estadounidense en la “guerra sucia”.

Era éste un giro curioso que tomaba la vida de Buergenthal –encontrarse investigando las actuaciones del país que lo había acogido a él y a cientos de miles más después del Holocausto. “Si algo soy, soy un patriota norteamericano. Insisto en que lo que sucedió en El Salvador es tan ajeno a la tradición norteamericana como lo fueron los nazis”.

El informe que se produjo en 1993 fue implacable. Las atrocidades habían sido toleradas por el poder judicial, por lo que había que reemplazar a sus altas esferas. El fundador del partido en el poder, Roberto d’Aubuisson, había planificado el asesinato de Romero. Pero las investigaciones a su vez tuvieron el efecto de hacer que el propio pasado de Buergenthal empezara a enmarañarse en su presente e incluso a tenderle una emboscada.

Al señalar el sitio de la masacre, uno de los curas apuntó hacia un jardín de rosas. “Yo acababa de estar en Auschwitz,” explica Buergenthal, “y de golpe recordé cuán diferente lucía: verde, cubierto de flores. En todo el tiempo que estuve en Auschwitz, nunca vi flores ni plantas, ni tampoco pájaros. De repente, me vinieron todos estos recuerdos..”.

El tren se acercaba a Auschwitz. “Mi padre”, recuerda Buerghenthal, “tenía una botella de vodka muy potente y la comenzó a repartir. Al ingresar en el campo, vimos a miles de personas vestidas a rayas. Nos relajamos un poco. Por lo pronto, no estaban matando a la gente en cuanto llegaba”. Auschwitz-Birkenau era “un recinto enorme. Había personas que cargaban rocas de un lado a otro, para luego devolverlas, había uniformes y perros guardianes —era como si hubiera uno arribado a un asilo de locos donde los guardas mismos eran también locos”.

Cuando llegaban niños a este oscuro manicomio, “inmediatamente se les seleccionaba para enviarlos a las cámaras de gas”. Pero quienes provenían de los campos de trabajos forzados eran considerados fuertes y sanos y se les ponía a un lado. En Auschwitz con su esposa, a Buerghenthal le mostraron el “portón de entrada”. Le comentó a sus guías que él había llegado por otro punto, pasando por una pileta llena de un desinfectante para los pies. “Nunca se nos hizo pasar por el portón de entrada donde se hacía la selección para el exterminio —eso es lo que me salvó”.

A la madre de Buerghenthal se la llevaron; él y su padre se quedaron con los hombres de Kielce. Se bañaron, les afeitaron la cabeza y los llevaron marchando a lo que había sido el “campo de los gitanos”, por donde habían pasado 100,000 de ellos. Es allí que a Buerghenthal y a su padre los tatuaron con aguja y tinta sus compañeros de prisión. Algunos se encontraban bastante bien de salud. A los que no eran más que carne y hueso se les conocía como “musulmanes”. “Esa era la última etapa antes de la muerte”. Trabajando como mandadero en la lavandería, “me tocó una vez pasar por la cámara de gas para traer gas del que se usaba para matar a la gente, para usarlo como desinfectante en la lavandería”. Buerghenthal llegó a familiarizarse con la maquinaria de la muerte en masa como algo

rutinario, visto todos los días; conocía el tamaño de las cámaras de gas y cuántas personas cabían por tanda. “No, no se llegaban a sentar. Todo el proceso tardaría unos 20 minutos”.

A toda hora se les llamaba y colocaba en formación; la SS constantemente llamaba y calculaba. “Nunca sabíamos si se trataba o no de una selección para la cámara de gas. Cuando aparecía el Dr. Mengele, siempre seleccionaba a los niños primero, de manera que yo era el más vulnerable”. Pero llegó a desarrollar lo que él llama “una pequeña táctica”. Y vuelve a lanzar su sonrisa juguetona: “El aspecto más débil de la maquinaria alemana era su eficiencia. Ellos contaban primero, luego hacían la selección. El truco era pararse cerca de la puerta y escabullirse después del conteo. Yo escapé la selección varias veces con ese sistema”. En una ocasión a Buergenthal lo salvó un médico polaco, quien –mientras el muchacho dormía entre un grupo destinado a las cámaras de gas– rompió la tarjeta numerada que llevaba en la mano, marcada con la cruz roja que significaba la muerte. La reemplazó con otra que no llevaba la cruz. Cuando despertó Buergenthal, se encontraba solo y con vida.

La gente no siempre se ayudaba entre sí en Auschwitz, dice Buergenthal. En tres ocasiones logró escapar una selección, pero “unos ancianos que iban a morir advirtieron a los guardas que me estaba escapando. Tres veces me pescaron y me trajeron de vuelta”. No hubo recriminaciones. “Cuando de sobrevivir se trata, no entra uno en discusiones inútiles. Sólo cabe concentrarse en la próxima oportunidad”.

La salvada más afortunada de Buergenthal se produjo a fines de 1944, después de que lo separaran de su padre: “Otra selección. A mi padre lo enviaron a otro campo; a mí a la cámara de gas. Sólo se había seleccionado a 30 o 40 esa vez, lo cual no era suficiente para encender la cámara de gas. Decidieron trasladarnos a otro lugar y

mantenernos allí en cuarentena hasta que llegaran más personas –de nuevo sobreviví, solamente porque querían que todo fuera eficiente”. Este roce con la muerte fue muy amargo, pues, según Buergenthal, “fue la única vez que se equivocó mi padre. El partió al otro campo convencido que yo no había sobrevivido. Si él hubiera pensado que yo me salvaba, estoy seguro que él también hubiera sobrevivido”.

Buergenthal había sido el único niño que salió con vida del campo de los gitanos. Ahora lo pasaron al Campo D, donde había un *Kinderblock* lleno de niños que se habían salvado “por lo menos por el momento”, gracias a la intervención de un oficial de la SS que los había elegido para trabajar. Es allí que Buergenthal volvió a ver a Janek y Michael. Pero todo cambiaría muy pronto. Ya se empezaba a escuchar el trueno de la artillería soviética en la distancia.

A medida que avanzaban las divisiones aliadas, los esqueléticos sobrevivientes de Auschwitz “fueron utilizados hasta casi el último momento para destruir las cámaras de gas, las salas de tortura y todas las demás pruebas visibles del sadismo ingenioso de Hitler”. Esta grotesca tarea le fue encomendada al *Kinderblock* y los niños recibieron golpes y patadas mientras trataban de demoler Auschwitz, ladrillo por ladrillo. Pero sus manitas eran demasiado pequeñas, el trabajo no avanzaba con suficiente rapidez, se acercaba la artillería. Los alemanes decidieron que exterminar a los sobrevivientes restantes significaría dejar pruebas físicas –mejor sería que tanto guardas como prisioneros abandonaran el lugar. Es así que se inició el infame “Transporte de la Muerte”, más conocido en la historia como la Marcha de la Muerte de Auschwitz.

Entre las investigaciones más espeluznantes realizadas en El Salvador está la de la masacre de El Mozote. En la noche del 10 de diciembre de 1981, un batallón de tropas entrenadas por estadounidenses, ingresó en el pueblo y lo destruyó. Apenas unos cuantos

sobrevivientes pudieron arrastrarse por entre los árboles. Doce años más tarde, Buergenthal escuchó su testimonio: cómo los soldados sacaron primero a los hombres, luego a las mujeres y niños, para ejecutarlos; cómo la Embajada de Estados Unidos en San Salvador se rehusó a escuchar. El Mozote es hoy un pueblo desierto. Los únicos sonidos son el piar de las aves y el ruido de los bambúes silbando en el viento. Buergenthal cuenta, “Yo escuché a una mujer relatar lo que vio cuando dispararon contra las mujeres y los niños. Yo pude haberla detenido. Yo mismo pude haber contado esa historia. Una vez más, todo regresó”.

Enero de 1945. Fue un invierno crudo, Auschwitz ya desierto y cubierto de nieve. Cuando emprendieron la marcha las columnas vestidas con el delgado uniforme de los prisioneros, Buergenthal se volvió para observar la cuadrada chimenea del crematorio número cuatro. “En la clara luz del sol invernal, era una vista pacífica, casi idílica. A través de las lágrimas, me percaté que, por vez primera en años, no salía humo de ella. Cuántas noches había mirado hacia el crematorio, viéndolo escupir humo y fuego alimentados por los cuerpos de cientos de miles de seres humanos. De pronto me fijé en una bandada de pájaros que sobrevolaba el campo cubierto de nieve. Eran los primeros pájaros que veía desde mi llegada a Auschwitz”.

A medida que avanzaba la triste procesión a través de la nieve, cualquiera que se sentara a descansar terminaba fusilado. “Algunos lo hacían simplemente para poner fin a todo”. Buergenthal y sus dos amigos urdieron un plan. “Correríamos a la cabeza de la fila, descansaríamos sin ser vistos en la oscuridad, y luego correríamos de nuevo a la cabeza”. Alrededor de 100 niños iniciaron la Marcha de la Muerte. Dos días más tarde, fueron llevados a una pradera y “se les dijo que iban a un monasterio. La verdad es que, según tengo entendido, los mataron”. Janek, Michael y Buergenthal fueron los únicos en salvarse.

RETRATO DE THOMAS BUERGENTHAL:
PADRE DEL INSTITUTO INTERAMERICANO DE DERECHOS HUMANOS

Después de tres días de marcha, “me parecía que entraba en trance por horas a la vez. Al principio, los disparos de los guardas me devolvían a la realidad. ... pero ya al llegar la tercera noche yo había logrado incorporar los ásperos sonidos de los disparos dentro de mi mundo de sueños”. Al cuarto día, los sobrevivientes llegaron a Gliwice, donde fueron apiñados dentro de trenes que habían sido utilizados para el transporte de carbón. Algunos se estaban muriendo de hambre o de exposición a los elementos, otros sofocados o pisoteados en la lucha por la sopa de repollo. “Echamos los cadáveres fuera del vagón. Janek miró hacia el cielo y se preguntó: ‘Cuándo irá a terminar todo esto?’”

Para la gran mayoría de los hombres en el vagón, terminó cuando sonó el pito del tren y la locomotora se detuvo. Este fue el momento en que se empezaron a tirar contra las barras y rejas en ese acceso de locura sangrienta y fueron abatidos por las balas de los milicianos nazi. Los tres muchachos quedaron rodeados de cadáveres. El viaje duraría diez días más. Unos aldeanos checos que se habían escondido en un puente, lanzaron pan dentro de los vagones; algunos alcanzaron el blanco. Cuando llegó el tren a Berlín, Buergenthal recuerda las palabras de una mujer en la plataforma: “Aquí apesta a judío”. Pero el conductor del tren le dio al pequeño Thomas una taza de café. “Había, pues, alemanes y alemanes. Cuando volví a Berlín, lo tenía muy presente”.

Buergenthal, que en aquel entonces tenía diez años, abordó otro tren rumbo a Sachsenhausen. La última parte del viaje la hizo a pie, caminando sobre suelas de madera amarradas a sus pies. Una vez en el campo, se ganó la simpatía de un *capo* brutal de nombre Jacob, que se especializaba en una “gimnasia punitiva” que dejaba a cientos de prisioneros sin vida. En un raro gesto de compasión, se fijó en los dedos del pie de Buergenthal, que se le habían congelado, y recomendó que se los operaran.

La estadía de Buergethal en Sachsenhausen no pasó desapercibida. Uno de los prisioneros era Odd Nansen, hijo del explorador ártico, quien había sido celebrado como héroe nacional por el régimen fascista de Vidkun Quisling en Noruega. “Mi padre no fue fascista y nunca odió a los judíos,” clamó Nansen en protesta pública. Rápidamente lo despacharon para Sachsenhausen.

En Sachsenhausen, Odd Nansen produjo uno de los importantes documentos de la guerra –un diario que escribió a escondidas sobre papel higiénico robado. Después de la guerra, escribió *Tommy* –libro que fue gran favorito de los niños– sobre el niño que había conocido cuando se recuperaba de la amputación de dos dedos del pie congelados. Nansen anotó en su diario para el día 19 de febrero de 1945: “No logré detectar en esa carita, la huella de los horrores entre los que ha vivido. La expresión de sus ojos era abierta, serena y confiada, y las sonrisas irrumpían alrededor de su boca... Sus manitas parecían haber absorbido los síntomas de nerviosismo. Tenía un pequeño libro, al que le daba vueltas y vueltas... Eran las manos de un adulto, no de un niño... El libro tenía fotografías de aviones de combate alemanes, aviones caza y bombarderos. Le pregunté si eso le interesaba. ‘Sí!’ –me contestó con radiante entusiasmo”.

Con el avance de la artillería desde Polonia hacia Alemania, los escuadrones de ejecución aceleraron su trabajo. Miles marcharon a la muerte con cruces negras pintadas sobre la frente. El 19 de abril se recibió información de que el campo cerraba. La SS se iba. Al liberar Sachsenhausen, el Ejército Rojo no se preocupó por empadronar a los prisioneros ni por ofrecerles cuidados médicos, como lo habían hecho las tropas americanas y británicas en otros campos. “Pueden irse”, es todo lo que dijo el oficial ruso. Los noruegos rodearon la cama de Buergethal y le regalaron sardinas en lata.

Antes de dejar Sachsenhausen, Buergethal hizo una promesa a Nansen que cumpliría a medias. “Cuando termine la guerra,” dijo,

“yo me echaré a buscar a mi madre y ella me estará buscando a mí. Después de que nos encontremos, los dos juntos buscaremos a mi padre. Cuando lo encontremos, los tres iremos a visitarte a Noruega”. Muchos años más tarde, llegó una carta a la casa de Nansen que por toda dirección llevaba lo siguiente: “Sr. Odd Nansen, Oslo”. Empezaba así: “Mucho ha cambiado...”.

Después del cierre de Sachsenhausen, el niño se echó a andar por la campiña y se topó con una unidad de soldados polacos. Estos quedaron impresionados por la osadía y la buena facha del joven itinerante. Su dominio del polaco era tal que pensaron que se trataba de uno de ellos y lo adoptaron como mascota de la unidad. Le dieron un caballito y el sastre del batallón le cosió un uniforme. Es así que Buergenthal se encontró entre las primeras tropas aliadas que ingresaron al destrozado Berlín. “Me gusta pensar”, sonríe ahora, “que yo liberé a Berlín”.

Desde los escombros de Berlín, a Buergenthal lo llevaron a un orfanato en Otwock, Polonia, dirigido por miembros del Bund, un partido socialista judío. Allí se convirtió en “algo así como un héroe –un sobreviviente de carne y hueso”, dice él. Pero en su alma se preguntaba “día y noche” si sus padres seguían con vida. Nunca había tenido noticias de su madre, ni siquiera cuando ambos habían estado en Auschwitz –tan cerca y a la vez tan lejos el uno del otro.

Solamente una vez durante nuestra serie de conversaciones, a Buergenthal se le llenaron los ojos de lágrimas: al hablar de la reciente muerte de su madre. A pesar de que la habían declarado clínicamente muerta, ella se incorporó una última vez para despedirse de su hijo con una sonrisa larga, serena y llena de amor.

Buergenthal permaneció un año en el orfanato, donde por primera vez en su vida reciente asistió a clases. Le encargaban hacer

mandados a un pueblo vecino porque su apariencia “no judía” hacía menos probable que los niños locales lo sometieran a abuso. En Polonia corría de nuevo la sangre judía; los pocos que habían vuelto al ghetto de Kielce habían sido atacados y hubo muchas muertes – esta vez a manos de los polacos. La madre de Buergenthal había regresado allí en busca de su marido y de su hijo, y se salvó de estas nuevas masacres “por cuestión de días”.

Más adelante, Gerda Buergenthal concedió una serie de entrevistas a Nansen. En ellas, describió lo que es ver a un hijo quedarse con hambre y escapar a la muerte un sinnúmero de veces en Kielce y en los campos de trabajos forzados, y observarlo durmiendo en su regazo en el vagón que los llevaba a Auschwitz. En el campo se había organizado un sistema de mensajes –incluso entre prisioneros que se hallaban separados– de manera que podían informarse entre sí que seguían con vida. Ella también había logrado escapar los hornos; fue trasladada al campo de Ravensbrück. Y luego emprendió su propia Marcha de la Muerte entre los frentes de batalla, sin destino alguno. “Una sola cosa me alentaba a seguir adelante. La imagen de Tommy y de mi marido”. De alrededor de 5,000 personas, sólo sobrevivieron unas 400.

Gerda y su marido habían acordado una serie de medidas que tomarían para tratar de encontrarse.

Pudo seguir la pista de algunos parientes y amigos, mas nadie le daba muchas esperanzas –sobre todo acerca de Buergenthal, que fue visto por última vez cuando salió de Auschwitz en la Marcha de la Muerte. De regreso en su ciudad natal de Goettingen, sin embargo, Gerda había visto en un periódico una fotografía de un oficial británico a la cabeza de un grupo de niños entre los escombros de Berlín. Estaba convencida que una de esas figuras borrosas era su hijo. “Tenía la

certeza,” le dijo a Nansen, “que él se encontraba en algún lugar de Polonia”.

En la Europa de esos días, todo el mundo andaba buscando, buscando. Gerda Buergenthal se dedicó a rastrear los registros de las oficinas de asistencia, buscó en listas e índices, examinó las nóminas de fallecimientos y los avisos en los periódicos donde hijos y padres anunciaban que seguían con vida. Y persistió en la búsqueda: en Katowice, plagado de refugiados; en Kielce, ni rastros. Hasta que una mañana cayó en la cama y se quedó allí durante un mes.

Mientras tanto, en Otwock, unos activistas del movimiento sionista Hashomer Hatzair se habían infiltrado en el orfanato (el Bund era radicalmente antisionista) para reclutar a jóvenes sobrevivientes dispuestos a unirse al Exodo hacia Palestina y a lo que sería Israel. Buergenthal se apuntó. Nunca llegó a Israel, pero su nombre sí lo hizo. En octubre de 1946, Gerda recibió un telegrama de la agencia judía en Jerusalén: “Nos complace informarle que su hijo Thomas se encuentra en el hogar judío para huérfanos de Otwock, Polonia”.

El movimiento clandestino sionista operaba una red secreta. Ayudaron a Buergenthal a escapar del orfanato portando papeles falsos. Viajando de noche y cruzando garitas de control una y otra vez, lo sacaron de Polonia, lo pasaron por Checoslovaquia y el sector americano en Alemania, y finalmente lo llevaron al sector británico. Después de días y noches de viaje en tren, Buergenthal llegó a una estación fronteriza cerca de Goettingen, donde de repente vio a su madre “de apenas 5 pies de estatura, vistiendo abrigo y sombrero”, parada sola en la plataforma. “En ese momento tuve la impresión de que me habían devuelto la vida,” dice. “Lo único que me ha interesado desde ese instante es tratar de ayudar a los demás a recuperar sus vidas”.

Tres años más tarde, en 1951, Buergenthal acoderó en el puerto de Nueva York abordo de una nave de transporte para cumplir con esa determinación. Las herramientas que escogió fueron una mezcla de lo que había aprendido y lo que había llegado a creer, y la materia que había estudiado su padre: el derecho y el estado de derecho (imperio de la ley).

Era tan sólo el inicio de la vida de Thomas Buergenthal. Cursó la secundaria en Nueva Jersey y luego se matriculó en Bethany College, West Virginia, para estudiar ciencias políticas. Escribió un artículo muy gráfico sobre la Marcha de la Muerte para el periódico estudiantil *The Literary Harbinger* en abril de 1956. Lo colocaron casi al final de la publicación, después de una serie de poesías mediocres. Luego vino a la Universidad de Nueva York, donde obtuvo su título en derecho, al igual que su padre. Por último fue a Harvard, para estudiar bajo su mentor, Louis Sohn, especializándose en derecho internacional y en el novísimo campo del derecho de los derechos humanos.

Siendo profesor de derecho internacional de la Universidad de Texas, Buergenthal se convirtió en el único ciudadano americano en asumir el cargo de juez de la Corte Interamericana de Derechos Humanos, establecida en 1979. Fue propuesto por el país sede de la Corte, Costa Rica. Allí, su investigación de la desaparición de activistas y radicales antigubernamentales en Honduras llevó a la tipificación de un nuevo crimen de guerra. Sentó precedentes jurídicos que sirven de base para juzgar los horrores de las “desapariciones”, satisfaciendo la carga de la prueba en un área de atrocidad donde parecía imposible lograrlo.

“Quien ha desaparecido, lógicamente ya no está,” explica. “Nos vimos ante la necesidad de establecer una categoría de personas que han desaparecido, pasando al gobierno la carga de la prueba al obligar a este a demostrar que la persona involucrada no era ni activista laboral, ni líder estudiantil ni nada por el estilo”.

Fue ese uno de sus muchos logros en Costa Rica. Otro fue enamorarse de una de las intérpretes de la Corte, Peggy Bell –mitad inglesa, mitad peruana, e hincha de Bob Dylan. Sería su segunda esposa. Buergenthal siempre ha dicho que su papel principal es “aplicar el derecho al comportamiento de gobiernos que durante siglos han violado los derechos humanos sin rendir cuentas a ninguna autoridad”. Es con ese fin que fundó el Instituto Interamericano de Derechos Humanos y en el año 1976 fue presidente del Comité de Derechos Humanos de la Comisión Nacional Estadounidense para UNESCO. En 1995, después de que la Comisión de El Salvador hubiera rendido su informe, Buergenthal se convirtió en el primer ciudadano estadounidense en formar parte del Comité de Derechos Humanos de la ONU– el organismo de 18 miembros que vela por el cumplimiento del Pacto de Derechos Civiles y Políticos y los valores allí contenidos, los cuales supuestamente constituyen la piedra angular de la era de la generación cuyos padres habían vencido al Tercer Reich, a quienes se les dijo que los matones de la historia no tienen necesariamente que triunfar.

Almorzando en Washington en febrero, Buergenthal se levanta un momento para saludar a un amigo. Max Kampelman había estado enfermo, y es bueno verlo de vuelta en el Club Cosmos. Kampelman fue el decano de las negociaciones sobre armas nucleares del Presidente Carter en una época distinta, pero Buergenthal lo conoció a raíz de otro contratiempo que se produjo al finalizar la Guerra Fría. En ese momento, ya profesor de la Universidad George Washington, acompañó al Embajador Kampelman a Copenhague en 1990, cuando la OSCE (Organization on Security and Cooperation in Europe) se reunió para volver a redactar los protocolos adicionales a los Acuerdos de Helsinki al no necesitarse más las cláusulas que reconocían la coexistencia del capitalismo occidental y el comunismo soviético.

Las negociaciones andaban muy mal y el proyecto de texto preparado por la Unión Europea no ofrecía ninguna esperanza. Las

delegaciones de Irlanda, Francia y Alemania, al parecer “no habían leído los pactos europeos sobre derechos humanos –teníamos que recordárselos a cada rato”, relata Buergenthal. Buergenthal pasó la noche en vela en su hotel para volver a redactar el documento, el cual fue debidamente ratificado. En efecto, el documento de Copenhague se convirtió en un instrumento político y democrático. Son tan solo algunas de las formas en que Buergenthal ha ayudado a amoldar nuestro mundo moderno– pero a la vez también estaba amoldando el pasado.

La propuesta de construir el Museo del Holocausto, que data de fines de los años setenta, fue el proyecto más ambicioso en la historia del Holocausto. El Profesor Buergenthal participó como asesor en las etapas iniciales y su primera reacción fue “que sería un error terrible ubicarlo en Washington. Yo pensé que debería instalarse en Alemania. Reconozco mi error –fue una excelente decisión”.

El museo es uno de los grandes logros, tanto desde el punto de vista de la historia como del de rendir homenaje. Es imponente e implacable, pero a la vez atenuado, respetuoso, moderado. Un oficial de la SS dijo alguna vez en Auschwitz que si un solo judío fuera a sobrevivir, nadie creería lo que le había sucedido. Estaba equivocado, y este museo es una de las razones. No obstante, cada una de las muestras despierta controversia. ¿Es correcto que los Torahs que fueron profanados en la Noche de los Cristales (*Kristallnacht*) y que deberían encontrarse en una sinagoga, hayan sido entregados a un museo? ¿Cómo debe exhibirse un uniforme de los Camisas Pardas, si es que se debe exhibir? ¿O la bandera de la svástica? Hay dos banderas – una toda estrujada, la otra detrás de una rejilla.

Sobre todo, persiste la pregunta de cuál es el propósito del museo. ¿Recordar el pasado o inspirar y agitar también en el presente? La contracorriente que corre a lo largo de este debate es de tal magnitud

que ha mantenido divididos a los judíos desde el Holocausto mismo: ¿fue algo singular? ¿Qué relación hay –si acaso la hay– entre el Holocausto y los genocidios de Armenia, Cambodia, Bosnia, Ruanda y demás lugares? Es con esta finalidad que el museo (con el Presidente Clinton) creó el Comité de Conciencia, para servir de guardián del espíritu de resistencia al Holocausto en nuestros tiempos. No fue difícil seleccionar al presidente del Comité, y es así que la historia de Thomas Buergenthal se convirtió no sólo en la historia del Holocausto, sino en la historia de la historia del Holocausto.

Claro está que no existe la menor duda sobre qué posición defiende Buergenthal en el debate, por más que sean tan singulares las atrocidades. El busca las palabras con cuidado: “El Holocausto fue único para el pueblo judío. Sin embargo, como genocidio no fue único. Toda persona que sea masacrada en masa debido a su color o religión, comparte una experiencia común y consecuencias en común. Hay aspectos que sí eran únicos: la maquinaria, la forma en que se produjo. Pero va contra la naturaleza humana decir que es distinto si son judíos los que mueren”.

Nunca se dirá la última palabra sobre esto. Pero eso no le importa a Buergenthal. Lo que importa es que no se prohíban o silencien los ecos del Holocausto en nuestros propios tiempos, y que a aquellos que sobrevivan a los malvados planes de los tristes imitadores de Adolf Hitler –los Milosevics y Saddams de este mundo– se les “devuelvan sus vidas, como sucedió conmigo”.

Devolverles la vida a las personas, dice Buergenthal, no es sólo cuestión de sancionar a los culpables, como sucedió en Nuremberg o en La Haya. Se trata de “contar con una historia definitiva de lo que sucedió. Con un relato –una verdad reconocida– que respalda esa historia, de manera que se lleguen a aceptar los hechos ocurridos al cometerse un acto de genocidio. Esto, no la venganza, es lo que les

devuelve la vida a las víctimas del genocidio. La venganza lleva a la venganza, mientras que la verdad en definitiva libera a la gente". Esto se ha logrado en gran medida en las postrimerías del Holocausto. Su historia ha sido examinada detenidamente y reconocida. En los anales del tiempo se ha registrado la versión aceptada, una versión que se considera sería repelente "revisar", como lo han tratado de hacer los neonazis, y del cual es repelente apartarse.

Lo anterior, dice Buergenthal, se debe en gran medida "a la generación alemana de los años sesenta, que exigió este ajuste de cuentas. Soy gran admirador de la juventud alemana. Los estudiantes que he conocido están decididos a enfrentarse a lo que hicieron sus padres y a encarar el problema. Al concluir un artículo sobre El Salvador, Buergenthal escribe: "Toda nación debe enfrentarse a su pasado, reconociendo los errores que se han cometido en su nombre... No se puede esperar lograr esto ... simplemente diciendo a las víctimas o a sus familiares que no ha sucedido nada. Las heridas empiezan a sanar cuando se cuenta la historia".

Según Buergenthal, esto no está sucediendo ni en Bosnia ni en Ruanda. En Bosnia "los responsables del genocidio no se han enfrentado con la verdad, con la historia auténtica. Es por esto que resulta más importante una Comisión de la Verdad que el Tribunal de La Haya. Es la única manera de lograr la paz. Tal como van las cosas, existen tres versiones distintas de lo que sucedió. Mientras esto siga así, mientras los responsables se rehúsen a aceptar lo que han hecho, a las víctimas no se les puede devolver la vida. No sólo es una injusticia, es la forma más terrible de tener que vivir".

En 1986, Buergenthal aceptó un doctorado honoris causa en la Universidad de Heidelberg de Alemania. A los espectadores les dijo, "Yo estuve en esta área hace 50 años". Recuerda la reacción a sus palabras, "Hubo silencio total". Poco después escribiría Daniel

Goldhagen uno de los libros más importantes sobre el Holocausto, *Los Verdugos Voluntarios de Hitler*. Goldhagen propone la fascinante y aterradora idea de que son las sociedades, no las personas individuales, quienes cometen este tipo de crimen. Buergenthal había pensado lo mismo, no durante su infancia sino en El Salvador, cuando quedó espantado al escuchar a las personas que entrevistaban admitir que alguna atrocidad cometida había sido un “error”, sin nunca aceptar que habían obrado mal. “Sí, uno llegaba a compartir el punto de vista de Goldhagen”.

Sin embargo, es un concepto que Buergenthal, al igual que muchos más, trata con toda su fuerza de rechazar. Este intento de admirar la posición de Goldhagen pero a la vez discrepar con ella radica, según él, en “mi convencimiento que muy pocas personas son malas. Yo no comprendo a los torturadores, pero no pienso que la mayoría de la gente realmente quiera hacer esas cosas. Tampoco creo que la mayoría de la gente tenga el valor de resistir. Esto es lo peligroso y es ésta nuestra tarea. Dotando a la gente del valor moral y físico de oponerse a lo que se les manda hacer y con el respaldo del estado de derecho, podemos luchar contra estas maldades e incluso prevenirlas”.

La próxima etapa de la vida de Buergenthal será un retorno al Holocausto. El día 13 de abril –el Día de Conmemoración del Holocausto– se traslada a Suiza por un año para formar parte del tribunal que investiga las cuentas bancarias “inactivas”. Buergenthal lo ve de la siguiente manera: “No se trata del dinero. Es un símbolo. Se trata de aceptar la historia de lo que realmente sucedió. Pero aun más importante, es un mensaje para el presente y el futuro. Un mensaje a aquellos dictadores, aquellos dementes, advirtiéndoles que algún día tendrán que rendir cuentas. Que no pueden simplemente hacer lo que quieran para cumplir sus perversos planes. Que personas como nosotros algún día los responsabilizará de sus actos. Eso es lo que he aprendido”.